

Su celular suena inmediatamente. Es Leonor. Logra decirle que está volviendo, que no se preocupe. Cortan.

El tren viaja a su ritmo, más lento, más rápido. Mara se concentra en el calor que siente en la cara pero trata de atravesar su reflejo y mirar hacia afuera.

Lo está logrando cuando ve que en la avenida que corre paralela a la vía se mueve el auto de Maxi. Lo adivina a él conduciéndolo y el estómago se le agarrota y el pecho se le cierra, y los ojos se le mojan, y la garganta es un ahogo.

Tiene que huir. Tiene que lograrlo. Comienza a pensar qué hacer. *Bajar antes, se dice. Bajar una estación antes y tomar un colectivo.*

Se tranquiliza con ese plan hasta que el tren se detiene en la próxima estación. Ahí ve que el auto de Maxi enciende sus balizas, aminora la marcha y él observa, desde su lugar de conductor, si ella baja. Entonces entiende que no será fácil eludirlo.

Cambia de estrategia. Decide bajarse en la terminal como siempre. Habrá mucha gente ahí y a él no le será tan sencillo estacionar para atraparla. Está solo en el auto, eso es algo bueno. Y hay policías en la terminal.

Suena el celular. Leonor otra vez. *¿Estás bien?* Ella le cuenta que Maxi la está siguiendo. *¿Cómo? ¿Lo estás viendo?, ahora mismo, ¿lo ves? Sí,* dice Mara, *ahora justo no lo veo pero sí, ya lo vi varias veces.* La voz de Leonor se endurece. *Bajate en la terminal, yo voy para allá. ¿Estás bien?* Mara se quiebra por un instante, dice *no. ¿Qué te hizo, Alma?* Ella se sorbe los mocos antes de confiarle *tengo la cara toda hinchada.* Mientras trata de contener el llanto oye que Leonor maldice desde el otro lado. *Bueno, escuchá lo que te digo. No bajes del tren cuando llegues, ¿me entendiste?, quedate en el vagón que yo te busco. ¿Sabés en qué vagón estás?* A Mara le duele sobre todo el pecho, una tonelada de llanto apretándola. Años de llanto que no deja salir. Dice que está en un vagón del medio. *Vos no te bajas. Yo te busco.*

Mara quiere tanto creer en Leonor, desea tanto que la busque, que tiembla y las lágrimas vuelven a caer de sus ojos, sin ruidos ni hipos en la respiración. Solo agua que cae.

TREINTA Y UNO

Leonor está en la terminal. Acaba de entrar y la marea un poco el flujo de personas, incesante, que viene y que va.

Busca a la policía. Tampoco sabe en qué tren viaja Alma. Se queja por lo bajo y decide preguntar primero por el tren. Le indican. Ve a un agente y le pide que la acompañe. El agente le pregunta por qué. Ella dice que va a buscar a una chica que ha sido golpeada por su novio. Él quiere saber si harán la denuncia. Ella responde que no sabe. Van los dos al andén.

El tren está entrando a la terminal. Llegó a tiempo. Las puertas se abren y la gente sale,

sale, sale. Ella intenta mirar hacia adentro en cada vagón del medio. El medio tiene muchos vagones. El policía la sigue.

Los pasajeros se alejan, apurados, a seguir con sus vidas. Pero la vida de la chica se encuentra detenida ahí, en ese rincón, desplazada por la gente que empuja para salir. Leonor la ve. Se encuentran las miradas. Entra al vagón, la abraza, siente que el cuerpo de Mara tiembla, que está caliente, afiebrado. Su rostro está hinchado, herido, el pelo pegado a las mejillas, disimulando la sangre.

Leonor toma el bolso de Mara con cuidado y se lo carga al hombro. Acaricia esa espalda fibrosa, la contiene, le dice que llore tranquila pero la chica dice que no con la cabeza.

Señora, se tienen que bajar, ordena el policía.

Alma lo mira, no quiere meter a la policía en todo esto. *Podemos denunciar a Maxi,* le explica Leonor. *No, no. No quiero.* Leonor no insiste. El agente comenta a la mujer que suele ser así, que la denuncia suele ser de vecinos o de padres. Les ofrece acompañarlas a tomar un taxi.

Vení, Alma, vamos a casa, dice Leonor mientras busca con la vista al hombre tirador de piedras de la plaza. Sí, allá lo ve, ahí está. La mujer no lo dice, no quiere alarmar a la chica, pero hace señas al policía para que él lo vea. Siguen caminando. *Ponete este chal,* dice Leonor.

Mara obedece, ya solo puede obedecer, no hay fuerzas, solo hay llanto contenido.

Por momentos, como ráfagas de viento, cree entender la resignación de la madre.

Pero a la ráfaga le sigue una contrabrisa.

No, no tiene que dar lugar a la resignación.
Eso es la muerte.

Mara posa los ojos en Leonor,
que le acomoda el pelo mientras caminan,
que la abraza.

Pasan por el costado de Maxi, en un momento en que él gira hacia otro andén.

Así logran salir de la terminal sin que las vea.
Acompañadas por el agente de policía.

Son pocas cuadras hasta su casa pero se suben a un taxi.

Leonor le quita el chal a Mara. La mira. Le dice que cierre los ojos y respire. Que sienta el aire en el vientre, en las costillas, en el pecho y aún más alto, hasta las clavículas. Y que lo saque despacito del cuerpo, sin separar los dientes, como si silbara. Las dos lo hacen tres y cuatro veces. A Mara le duele respirar así pero no se queja.

El taxista mira por el espejito retrovisor: le llama la atención que las dos mujeres respiren juntas. Ve el rostro de la chica, hinchado a la altura de la sien izquierda, enrojecida la mejilla, también un perfil de la nariz, ve la sangre seca que la mujer intenta limpiar con un pañuelo. Hace un gesto de desaprobación, tan jovencita la chica. *No pienses que somos todos iguales,* le dice, espejo retrovisor mediante, como pidiéndole disculpas. Ella lo ve pero no entiende sus palabras.

Los oídos le zumban, le duelen.

TREINTA Y DOS

Recién al cerrar con llave la puerta del departamento de Leonor, Mara se siente a salvo. Tiene el estómago duro y la cara caliente.

Sin dejarla ni un segundo, la lleva hasta el baño y prepara la bañera. Cuando el agua es suficiente, Leonor le pregunta si está bien. Mara dice que sí con la cabeza.

Dice que sí porque la ternura que ve en la mujer es tanta como el dolor. Y las lágrimas se le escurren y necesita también del sollozo para sacar de sí la dureza del estómago, el calor del rostro. Siente que podría llorar cien años pero no quiere que nadie la vea.

Ni bien la puerta se cierra, la chica se desnuda con esfuerzo y se sumerge en el agua caliente, dejando fuera solo sus rodillas.

Brazos abrazándose; necesidad de ovillarse.

Ve que uno de sus muslos muestra el impacto del auto. El violáceo la sorprende porque ella no había sentido nada. Sin embargo ahora, bajo el agua, siente.

TREINTA Y TRES. MIENTRAS TANTO

Darío entra a su trabajo. Advierte que la tela de Alma no está en el árbol. Piensa y la imagina. Dibuja el rostro con su mente mientras se cambia la ropa y se pone el casco.

Ese día su trabajo lo lleva al otro frente de la construcción. De todas maneras se las arregla para mirar hacia el árbol cada hora.

Almuerza mirando el árbol. La rama luce opaca sin el pájaro-sirena danzando allí. *¿Cómo estará?*

Sus amigos ya están hartos de oírlo hablar de ella, le dicen que la olvide. Que es una histérica. Que no siga haciendo el papel de

boludo. Que se la saque de la cabeza. Pero él sabe que ella no es así, que algo le pasa. Y que la vieja de la plaza la está ayudando. Las vio llegar juntas varias veces.

Vuelve al trabajo y sigue, cada vez más inquieto. Pero no sabe el porqué de la inquietud.

Cuando Leonor está terminando su práctica de yoga, Darío se le acerca. *Señora, quería saber cómo está Alma. ¿Está bien?*

Leonor sonríe, el amor del muchacho la conmueve. Con la chica han hablado de él, del evidente enamoramiento. *Sí, querido, ella está conmigo. Está bien, gracias. ¿Le podría decir que le mando saludos? ¿Querés verla? Ehh... yo sí pero no creo que ella quiera, vio que apenas me habla, je,* le responde Darío con los brazos cruzados por delante, moviéndose nervioso ante la idea.

Podemos probar, vení conmigo, invita Leonor.

TREINTA Y CUATRO

Cuando llegan a la puerta, le dice a Darío que espere ahí. Entra a su casa y encuentra a Mara en la cocina, tomando un té con la mirada perdida en el blanco de la heladera.

Está Darío en la puerta. ¿Querés verlo? No. ¿Estás segura? Sí, Leonor, estoy segura. ¿Y qué hacemos entonces con este pobrecito?... está preocupadísimo. Me dio tanta pena que le dije que viniera.

No quiero que me vea así.

Leonor va hasta la puerta. Darío la mira. Ella se apura a hablar. *Tenías razón, no quiere verte. ¿Vio? Le dije... bueno, mándele saludos míos. Él se da vuelta para irse. Se siente tan triste, tan quebrado por ese rechazo. Ella le gusta tanto.*

Querido... Leonor duda en hablar pero decide hacerlo. Alma está huyendo de su novio, él le pegó ayer, está muy triste, por eso no quiere verte.

Él gira la cabeza rápido, mira fijo a la mujer, se le tensa el cuerpo y, de repente, las imágenes se le agolpan todas juntas en el cerebro, milésimas de segundos que parecen eternas y que hilan la secuencia de hechos sin necesidad de palabras. Detalles.

Un moretón en el brazo,
un raspón en la mejilla,
un gesto de dolor,
la distancia que toma de a ratos,
la mirada reticente.

Se le agarrotan los músculos del abdomen. Quiere destruir con sus propias manos al que le pegó. Los ojos necesitan mirar otra cosa. La esquina. Los autos. Recuerda y entiende la desconfianza, la frialdad, los silencios. Pero aún con las manos vueltas puño, sus brazos cuelgan a los lados del cuerpo. Intenta aflojarse. Quiere que no se note lo que le pasa. Se mira las zapatillas y hace fuerza para sostener la mirada a la mujer. *Dígale que cuente conmigo.*

Se lo voy a decir, quedate tranquilo.

TREINTA Y CINCO. MARA CUENTA MÁS

Después de que Pato se fue. Cuando Jorge se acomodó en casa. Yo me metí en mis cosas, ¿viste? Salir con mis amigas y quedarme en sus casas. Estudiar juntas. Ir a mis clases de danza aérea. Mi profe era un poco como psicóloga también. Me decía que teníamos que hacer algo. ¿Pero qué? Mamá no. Yo decidí. Le dije a mi profe que no era para tanto. Empecé a fingir. A callar. A hacer como que nada. Nada de todo eso pasaba. La tela me encanta, ¿viste? Me encierro ahí adentro. Y me imagino cosas. Que tengo otra vida. Que soy bailarina. Profesional. Cualquier cosa. ¿Entendés, no, Leonor? Me encerraba mucho. En mi pieza. Con música a todo volumen. Comía antes. Para no verlos. O no comía. Me escapaba así, ¿viste?

Hernán no me entendía. Me decía "despertate, nena". Él vivía alterado. Tenso. No se podía concentrar en nada. Y me defendía. Cada vez que intentaban algo. Como si fuera un perro rabioso. Era su manera de cuidarme. A mí me molestaba un poco. Le decía que parara. Que yo podía defenderme sola. Pero él me cuidaba igual, ¿viste? Mi hermano fue el que me dijo. Que Maxi no iba a parar hasta estar conmigo. Yo me acuerdo que le dije que estaba loco. Que nada que ver. Una noche. Era tarde. Y se agarró a trompadas. Con Maxi. Yo no estaba. Dormía en lo de mi amiga Cami. Maxi quedó tirado. Y Jorge le bajó dos dientes a mi hermano. De un sillazo. Y lo echó de la casa. No sé dónde vive. A veces me viene a buscar. Al colegio, ¿viste? Él dejó. Le faltan dos años para terminar. Comemos juntos a veces. A él también lo extraño.

Ahí, cuando Hernán ya no estaba para defenderme. Maxi empezó a regalarme flores. Empezó a decirme. Él y yo podíamos ser novios. Como su papá y mi mamá. Yo lo rechacé. Todo el tiempo. Al principio intentó conquistarme. Mil cosas románticas, ¿viste? Se aparecía en casa. Con flores. Me dejaba chocolates. Entre las hojas de las carpetas por ejemplo. Poesías. Copias de películas. Y no me pregunté qué me pasó: una noche acepté. ¿Cómo pude ser tan pelotuda? Perdón. Tan idiota. Estaba harta. De que me insistiera, ¿viste? Estaba un poco borracha también. Le dije que sí. Tan idiota soy que le dije que sí. Y esa misma noche. La que le dije que sí. Después de darme un beso y abrazarme por la cintura me agarró el brazo y me lo torció por detrás. De la espalda. Cuando yo le dije. Que me estaba haciendo doler. Me contestó que yo le había causado dolor. Al rechazarlo tantas veces, ¿viste? Mucho dolor. Que no tenía que rechazarlo más. Maxi está loco. De verdad. Está loco. Ahora lo veo clarísimo. Y tiene mucha fuerza. Es medio lento. Pero tiene mucha fuerza. Qué idiota fui. Intenté zafarme. Pero fue peor. Grité. Él me tapó la boca

con la mano. Y me obligó a verme. En un espejo que estaba detrás de una vidriera, ¿viste? "Miranos", me dijo. "Miranos y prometenos que vamos a estar siempre juntos". Y yo lo prometí. Porque quería que me soltara. De una vez. Se lo prometí. Pero no pensé que iba a tener que cumplir. Fue para que me soltara, ¿viste? Yo aguanté unos días. Con el estómago revuelto. Cada vez que me tocaba y me besaba. Hasta que un día se ve que no aguanté más, ¿viste? Porque cuando me estaba besando me dieron arcadas. Y lo vomité. Le manché la remera, el jean. Hasta las zapatillas le vomité. Es que no pude aguantarme. Me alejó de un empujón. Me dijo de todo. Cuando pasó al lado mío para ir al baño me dio una trompada. Me tiró al piso, ¿viste? Tiene mucha fuerza. No pude salir de casa por varios días. Falté al colegio. Después de eso Maxi estaba hecho una seda. Me hacía regalitos. Me regaló un celular. Este. Me dijo que cuando volviera al colegio tenía que llamarlo. En el primer recreo. En el último. Ahí fue cuando empecé a pensar en escapar. Porque tampoco me dejaba salir, ¿viste? Me tenía medio presa. En casa. Pero presa. Como mamá. Hasta que un jueves. Maxi salía para entrenar. Como todos los jueves. Y le pedí que me llevara a lo de una amiga. Luli. Ella vive lejos del colegio. Se mudó pero sigue yendo. Viaja como una hora para llegar. También vamos juntas a danza. A Maxi le quedaba de pasada. Y yo quería ponerme al día con las cosas del colegio. Y colgar la tela en su patio. Practicar con ella, ¿viste? En el camino me amenazó. Que si le contaba de la piña a mi amiga. Que dijera que me había caído. Yo iba muda. Metí la mano en el bolsillo de la mochila y apagué el celular. No sé bien por qué lo apagué. Creo que. No sé. Iba pensando en mil cosas al mismo tiempo. En qué hacer para zafar. Para zafar de todo. En cómo había llegado a esa situación. Y cuando estábamos a unas cuerdas de esta plaza, me acordé del árbol, ¿viste? Yo lo miraba desde el colectivo. Cada vez que iba para lo de

Luli. Y pensé que podía escaparme justo en ese momento. Ese árbol de la plaza es. ¿Lo miraste bien alguna vez? Es una obra de arte. Tiene esa rama tan perfecta. Para colgar la tela. Lo había visto desde el colectivo tantas veces. De pasada a lo de mi amiga, ¿viste? Así que cuando el semáforo del otro lado de la avenida se puso en rojo. Sentí que era mi oportunidad. Junté fuerzas. Y salté del auto. Así como estaba. En la mochila lo único que tenía era mi tela y las carpetas del colegio. Ni una bombacha. Maxi no esperaba que me bajara así, ¿viste? Y tampoco sabía que yo sé trepar tan bien a los árboles. Igual me persiguió. Vos lo viste, ¿no? Yo tuve mucho miedo esa noche. Le avisé a mamá que estaba bien. Que no iba a dormir en casa. Que no se preocupara. Él no volvió. Yo pensé que iba a volver después del entrenamiento. Dejé el celular apagado. Me costó dormir. Y bueno. Unos días después fui a casa. A la hora en que juega los partidos. A buscar algo de plata. Darle un baño. Cambiarme la ropa. Recargar la batería del teléfono. Ver a mi mamá, ¿viste? Ahí me enteré de que no tenían idea de dónde estaba yo. Nadie de mi casa sabe que esta plaza existe. Que Maxi había llamado a medio mundo. Para saber dónde dormía. Nadie piensa que yo pueda dormir en un árbol. Tuve suerte. Ni me lo crucé. El martes que siguió tampoco. El jueves sí. Pero zafé. Me tomé el tren. Él no esperaba eso. Antes no usaba el tren. Igual corrí, ¿viste? Llegué a la plaza corriendo. De pura costumbre corrí. O por las dudas. No sé. Me gusta correr. Sentir el aire. Dejé de ir. Hablé con mamá. Por teléfono. Lo encendí repoco. Para que durara la batería. Pero se me descargó. Además no me aguantaba sin bañarme. Así que volví. Esa fue la vez de los piedrazos. Era obvio que me iba a descubrir. Algún día. Me quedé inmóvil en el árbol. De golpe se me puso en blanco la mente. No sabía qué hacer. Ahí fue cuando sentí tu voz. Cuando me invitaste a tu casa. Pero yo no quiero dejar de ver a mi mamá. ¿Entendés eso, no? No puedo dejar

de ir a verla. Aunque tenga que pasar. Por estas cosas, ¿viste? Sé que tengo que hacer. Lo que hizo mi hermana. Sé que ella va a aparecer. Pero mamá. Me da miedo que la próxima vez que quiera verla. Ella ya no esté. ¿Entendés, no, Leonor?

Mara suspira cuando sale de la casa de Leonor. Siente la brisa y los sonidos del tránsito sobre la avenida.

Su cara es la de siempre, su cuerpo apenas duele.

Ha tomado analgésicos. Ha curado los magullones. Los ha maquillado. Sus piernas responden. Han pasado tres días. Ha descansado tres días completos.

Carga la tela en la mochila.

La idea es ir a la plaza, colgar la tela, volar un ratito y volverse.

No hay posibilidades de que Maxi aparezca por ahí, está segura de eso. Se metió en

la página web del club y vio que hoy juega un partido importante. Tiene varias horas de seguridad.

El árbol está esperándola, en su rama no hay otros nidos y los pájaros de paso ya la conocen. Cuelga la tela y se enrosca en ella.

Duele el cuerpo cuando la enrosca en los muslos y se deja caer.

Pero es tan placentero sentir la brisa en el rostro, estar suspendida, girar.

Darío la ve desde una ventana y deja todo. Al fin y al cabo es casi la hora del almuerzo.

Sale de la construcción a paso rápido hacia el árbol. Sus ojos fijos en el turquesa que baja hasta el césped, en cómo se mueve, en cómo se enrosca, en que alguien lo habita.

Mira los giros de Mara y espera a que termine la pirueta.

Le sonrío con la boca, con los ojos,
con los brazos abiertos, *¡qué lindo verte de nuevo por acá!*

Ella no puede evitar sonreír.

Ese chico no se da por vencido.

Es tan dulce su mirada.

¿Querés comer algo?, dice él. *No, no, solo quería hacer unas piruetas y... Ya comí. Tengo que practicar. Hace rato que no bailo,* responde ella y trepa.

Él hace un gesto y se sienta en el banco. A mirarla.

Vuelve a hacer los movimientos de *Par mil*, los reconoce.

Le dan muchas ganas de dibujarla.

Saca la libreta que lleva en el bolsillo del pantalón.

Está llena de anotaciones de trabajo.

Toma el lápiz que tiene entre la espiral de la libreta,
rápido, bosqueja,

la pierna,

la tela,

el brazo.

Mara ve a Maxi cuando está cabeza abajo. Lo ve y, apurada, trepa alto y se encierra en la tela. ¿Cómo puede ser? Ella se fijó. El partido era hoy. Hoy tenía tiempo. Hoy era seguro venir.

Mara.

Esa voz... esa pesadilla... ¿Cómo puede ser? ¿Será que faltó al partido? ¿Será que lo hizo a propósito?

Mara, por favor. Bajá.

¿Cómo pudo pensar que había "horarios seguros"? ¿Horarios que él podía torcer tan fácilmente? ¿Habrá estado esperándola todos los días en la plaza? ¿Cómo no pensó en esa posibilidad? ¿Pero dejar de jugar un partido?

Mara, mi amor, es que no puedo vivir sin vos.

Nunca había dejado de jugar un partido.

Por favor, Mara. Bajá de ahí.

¿Cómo va a hacer ahora? El miedo le recorre el cuerpo. Lo siente pulsar cada vértebra de su espalda, cada centímetro de sus piernas.

Mara, te prometo. Cambié. Te juro que cambié. Quiero abrazarte. Nada más. Te necesito, Mara. Te amo.

Un tironeo seco en la tela la desbalancea. Ese es Maxi, el verdadero.

Dale, Mara, bajate. Por favor. No hagamos escenas.

Ella no va a hablar. Menos, mostrarse. La voz cesa. Escucha que él se aleja. ¿Será posible? ¿Se va? Se mantiene muy quieta, expectante. A los minutos escucha otros pasos acercándose.

Marita.

¿Mamá?

Marita, vení, por favor.

Eso sí que no lo aguanta. ¿Su mamá en la plaza? Asoma el rostro entre la tela y mira hacia abajo. *Mamá, ¿qué hacés acá?*

Maxi me obligó, dice la madre en un susurro de palabras resbalosas, señalándolo con un movimiento de cabeza. Él se mantiene alejado pero la observa fijamente.

Me dijo que te va a prender fuego. Yo le tengo miedo al fuego. ¿Viste el noticiero? Prenden fuego. Tengo miedo al fuego, le dice la madre con voz mínima y quebrada; luego, cambiando el tono, retándola para que se escuche agrega: *¡Bajá de ese árbol!*

Y luego, cambiando la mirada, en un susurro que Mara escucha apenas, *te va a prender fuego. ¿Viste el noticiero?*

Mara siente que se ahoga. *Mamá, ¿para qué te traje?*

No sé. Me metió en el auto y me traje. Me dijo que te va a prender fuego. Dice que tenés que volver a casa. Con él. Conmigo. ¿Viste el noticiero? Tengo miedo, el fuego me da miedo.

Mara cree caer de un precipicio. ¿Qué le pasa a su mamá? Con ella ahí no puede escapar. Mira la plaza, a los conocidos de siempre. Mira la construcción, donde Darío debe estar conectando sus cables. Mira el banco de plaza. Aún no llega Leonor. Es temprano. El sol brilla. El día es precioso. *No tendría que haber venido, piensa. Pero ya es tarde para pensar eso, si no era hoy, iba a ser mañana. Esto iba a pasar.*

TREINTA Y OCHO. EL VENDAVAL

Mara ve que su madre encoge el cuerpo cuando Maxi se aproxima por detrás y habla con su verdadera voz. *Dale, Mara. Ya me estoy cansando. Bajate de ahí y volvamos a casa de una puta vez.*

Mara, ahora que ha asomado la cabeza, ya no puede dejar de responder a la mirada de él. *No. ¿Qué le diste? ¿Qué le pasa? ¿Para qué la trajiste?*

Los ojos de él son dos pedazos de madera seca. Estallarán ante otra chispa. *Bajá, Mara. No podés hacerle esto. ¿Hacerle qué? ¿No ves lo mal que se siente? Sin vos en casa ella está muy mal.*

Maxi se aproxima aún más a la madre y le aprieta ambos brazos contra el cuerpo, uno

con cada mano. La inmoviliza desde atrás. Mara sabe que a su mamá le está doliendo. *¿No que te sentís mal, Graciela, no que te sentís mareada, muy mareada?*, dice Maxi con la mirada fija en Mara. Su madre tiene clavados los ojos en las raíces del árbol; Mara ve que Maxi aprieta. La mamá no responde y Maxi aprieta más.

A Mara le es imposible quedarse quieta.

Se incorpora en su tela, baja en pocos movimientos.

Apenas pone su pie descalzo en el pasto, Maxi la pisa con toda su fuerza y ahí se queda. *Vos vas a venir conmigo, Mara, ¿está claro?*, le dice sin separar los dientes ni dejar de mirarla a los ojos.

Las señales de dolor suben desde su pie como llamadas. Los ojos de Mara dejan salir las lágrimas sin cerrarse. Su rostro es una máscara.

Soltá a mi mamá.

La voy a soltar cuando yo quiera. Yo soy el que dice qué hacer. Yo, Mara sabe que no tiene tiempo que perder.

Sabe que cada frase que diga le dará más y más poder a Maxi.

No sabe qué hacer hasta que se le ocurre y lo hace.

Respira hondo y grita.

Grita dejando salir todo el caudal de su voz.

Grita y la plaza se paraliza.

Todos miran a la dueña de ese grito. Algunos se disponen a acercarse.

Maxi no puede hacer nada para que dejen de mirarlos. Graciela le ha tomado las manos y las retiene junto a sí. Con la poca fuerza que le queda, le clava las uñas e intenta gritar ella también.

Tres jóvenes que estaban tomando cerveza en la plaza se acercan.

Maxi empuja a la madre, da un paso atrás y libera el pie de la hija. Estira los brazos para agarrar a Mara mientras grita *¡qué hacés, estúpida! ¡Callate!*

Pero Mara salta a su tela, trepa como puede, respira y vuelve a gritar.

Dejará la garganta ahí si es necesario. Maxi la agarra por el pie herido para que no trepe más. Ella se sacude. Duele. Pincha. Cruje. Se astilla su pie por dentro. Se sacude más. Tiene que escapar. Tensa los brazos, logra trepar sin dejar de gritar y el grito comienza a ser palabra que se enciende para explotar.

Otro grupo de jóvenes se acerca.

Son muchos hoy en la plaza.

Escuchan los gritos,

los indigna lo que Mara cuenta en sus gritos.

Los varones rodean a Maxi.

Las mujeres van hacia Mara, hacia su madre.

La ayudan a bajar de la tela.

El pie es una masa informe, bordó,

le sale sangre de los dedos.

Ve el turquesa goteado de rojo,

ve el rojo oscurecerse, hacerse mancha.

Levanta la cabeza

y ve a Maxi tras una muralla de cuerpos que lo insultan.

Dos chicas las llevan hasta un banco, les piden que se sienten y se ocupan de su pie. Lo vendan con una chalina que una de ellas se desenrosca del cuello. Mara toma la

mano de su madre. El agente de policía ya está hablando por el *handy* mientras se acerca.

Sopla viento en la plaza. Cambia la luz.

Suena una sirena. Se acercan dos patrulleros.

La gente mira. Los más chicos desde los juegos. Quienes los cuidan están alertas. Las bicicletas ya no ruedan. En la construcción algunos obreros dejan sus herramientas. Hay movimiento allá también.

Maxi quiere huir, tira trompadas hacia todos lados. Pero los jóvenes se las devuelven. Está atrapado.

La mamá de Mara murmura *te va a prender fuego, te va a prender fuego, me da miedo el fuego, me da miedo el fuego.*

No, mamá. Eso no nos va a pasar, responde ella con los ojos fijos en el grupo que rodea a Maxi.

Aparece Leonor. *¿Qué pasó? Mara la mira. La que habla es la mamá, que sigue lamentándose te va a prender fuego yo no quería venir no quería venir ¿no viste los noticieros? tengo miedo ¿qué hacemos ahora? ¿dónde está Maxi? ¿dónde está Maxi? Yo no quería venir, el fuego me da miedo.*

Se acerca el agente de policía a las mujeres y pregunta quién hará la denuncia. Mara dice que ella. Le pregunta su edad. *Diecisiete.* El agente duda. Leonor dice que ella también hará la denuncia. La madre mira al agente y repite que ella no quería, que el fuego le da miedo.

El árbol se agita. El viento es cada vez más fuerte. Las nubes que arrastra oscurecen la tarde. El sonido de la tormenta se acerca.

Meten a Maxi en uno de los patrulleros. Mara, su madre y Leonor van hacia el otro. A Mara la lleva alzada el agente de la plaza.

Hay una ley que las ampara.

Hay decenas de testigos.

Hay un pie fracturado y señales de golpes viejos.

Darío se acerca al patrullero corriendo. No se enteró de nada, estaba trabajando del otro lado de la construcción. *¡Alma!*, grita, pero Mara no responde, ya ni se acuerda de que se puso ese nombre de fantasía.

Leonor sí gira la cabeza y lo frena. *Alma está bien. Vamos a ir a la comisaría a hacer una denuncia. Quedate tranquilo, Darío. Que el novio no te vea.*

Darío mira al otro patrullero. *¿Pero Alma está bien?*

Sí, va a estar bien. Darío la mira. Leonor lo toma de la mano. *Por favor, quedate tranquilo. Vení a casa mañana.* Darío dice que sí con la cabeza. Se queda en la plaza cuando los patrulleros se van, se queda en la tormenta.

TREINTA Y NUEVE

En la lluvia. En la plaza.

Bronca. Ira. Quemazón en el pecho.

Se siente un imbécil mirando los autos que se van, la gente que se dispersa.

Quiere pegar, quiere sangrar por los puños.

Quiere que ese tipo, ese cobarde, ese hijo de puta, le devuelva cada minuto de dolor sentido por Alma.

Quiere estar fuera de esta historia pero a la vez sabe que no puede porque lo que le pase a esa chica le importa. En la lluvia se da cuenta de cuánto le importa.

Paula Bombara

Golpea el árbol. Lo golpea una, dos, quince veces; la corteza estalla en su cara.

Ondea la tela por el viento. El turquesa se le adhiere al brazo.

La tela está empapada. Como él.

CUARENTA

A ver, mamita, *sentate acá*, dice el camillero cuando ve llegar a Mara sostenida en el aire por los agentes de policía. La está esperando en la entrada de la guardia médica con una silla de ruedas. *¿Ustedes vienen con ella, no?* Leonor responde que sí.

Mientras avanzan el camillero cuenta en voz bien alta que primero le limpiarán el pie, luego le tomarán unas radiografías y con esas imágenes irá a ver a la traumatóloga.

Pide a las dos mujeres que esperen ahí y sigue su camino empujando la silla de ruedas con la chica. Cruza una puerta vaivén y entran a otro mundo.

En el silencio que sigue, Mara ve todo como si estuviera separada de la vida por una ventana cerrada.

Ve que el camillero la deja frente a una enfermera y dice que en un rato trae los papeles, que es la chica que llegó en el patrullero.

Ve la cara de la enfermera y escucha preguntas. Contesta *sí* y *no* varias veces.

Se marea un poco, siente frío en el pie.

Viaja lejos. Piensa en las heridas de su madre que terminaron en un hospital. En su hermano.

De la mano de la enfermera recibe una pastilla y un vaso de agua. La toma.

Ve su empeine hinchándose, ve sus dedos deformados. Ve las uñas, o lo que queda de sus uñas.

Escucha que la enfermera habla con otra pero no puede prestar atención, desea en silencio que no le pregunten nada a ella. No lo hacen.

Se recuerda en el aire. Las pasadas de la tela por el cuerpo.

De pronto cae en la cuenta de que no podrá danzar por mucho tiempo. Eso la hace llorar.

Las enfermeras le preguntan si duele y ella dice que sí. Le piden que aguante un poquito más.

Ella cierra los ojos y deja hacer.

Piensa en ese nombre falso que tan lindo le parecía.

¿Cómo pudo pensar que se puede escapar de la realidad así nomás?

¿Cómo fue tan ingenua?

La locura de borrar la vida pasada.

Piensa en esos años buenos.

Piensa en las mentiras que se ha dicho.

Se acuerda de la frase de Leonor, *negar el pasado nos debilita*.

Leonor entendió todo desde un principio. *Ni siquiera necesitaba que le contara los detalles.*

Mamita, ahora vas a tener que esperar un rato a la doc, pero seguro que después te vamos a poner un yeso. Quedate quietita que ya vienen a buscarte.

CUARENTA Y UNO

Dejan el hospital cuando anochece. La policía ya se ha retirado. El viento ha sido domado por la lluvia, que cae intensa y sin pausas.

Leonor propone tomar un café en el bar de al lado.

Allí se sientan las tres, alejadas de la ventana.

Mara entrelaza las manos sobre la mesa, las mira.

Gracias por todo, dice la mamá de Mara dirigiéndose a Leonor. *No es nada, tu hija merece esto y mucho más.*

Sí, responde la mamá y palmea las manos de la chica.

Toman el café en silencio. La ciudad lluviosa pone el sonido.

Graciela amaga a decir algo pero se mantiene callada. Mara la mira. *¿Qué, mamá? Decime.* La mamá busca un punto de fuga con la vista. En silencio aprieta la mano de su hija y reprime un sollozo. Mara se tapa la cara con la otra mano. Su madre es una mujer rota. A ella le duele tanto saber eso, saber que su mamá ya no será nunca como fue en aquellos años, cuando estaban solos. Otra vez el llanto presionando por salir. Pero no lo va a dejar.

¿Qué, mamá?

Su mamá busca fuerzas y la mira a los ojos. *Ayer me llamó Pato. Le conté todo. Me dijo que le dieras unos días. Ella te va a buscar.* La madre solloza apretando fuerte la mano de Mara, que la mira sin poder evitar que las lágrimas se le escapen. *Mis chiquitas, murmura, mis chiquitas. Vení con nosotras, mamá,* le pide Mara con desesperación. *Dejá todo. Vení. Dale, ma. No puedo. Todavía no puedo,* responde la mujer rota.

Leonor toma un trago de café para empujar la angustia hacia el estómago.

CUARENTA Y DOS

Deja de llover y las mujeres parten. Leonor hace un último esfuerzo por convencer a Graciela de que vaya con sus hijas pero no logra nada. Paran un taxi. Mara abraza fuerte a su mamá y no puede evitar insistir en que se quede, pero Graciela calla y sube al taxi. Leonor y Mara la ven partir. Se suben al próximo taxi que pasa.

¿Por qué me ayudás?, pregunta Mara apenas suben.

Leonor mira por la ventanilla.

Las cuadras de la ciudad se suceden.

La velocidad cambiante del auto.

¿Qué decir? ¿Qué callar? ¿Cómo contar una vida entera?

Suspira antes de comenzar.

Sé lo que sentís. Por eso.

¿A vos también te pegaban? Sí. ¿Quién? Mi padre. ¿Tu esposo no? Mi esposo... no. Mi esposo gritaba y rompía cosas pero no pegaba. Viví con miedo igual, te digo. Pero se murió pronto. Y ya no quise compartir la vida con nadie más.

Mara deja de preguntar. Ahora es ella la que mira el afuera. Leonor respira. Los recuerdos se abren. *Me conseguí un trabajo de cocinera en una escuela. Ahí estuve hasta que me jubilé. Cuarenta años estuve. La de chicos que vi crecer, no te das una idea. En la escuela estudié bastante. Me hice amigas. ¿Muchas? No, las amistades de verdad nunca son muchas.*

El silencio gana el taxi hasta que Mara, de pronto, dice *yo tengo dos amigas. A mí me queda una,* responde Leonor.

Se sonríen y dejan que las reúna ese tiempo amoroso que a veces crece en el silencio.

Me llamo Mara, dice la chica de pronto. *Sí, lo sé, leí el papel con tus datos apenas te fuiste. ¡Pero seguiste llamándome Alma! Bueno, supuse que vos preferías ese nombre... Mentí porque no te conocía. Eso pensé. ¿Vos te llamás Leonor? Sí, Leonor Gavilla.*

Siente la mirada de Mara en su rostro.

¿No tuviste hijos? No, responde ella, *no quise.*

Qué lástima. Hubieras sido una mamá rebuena. Ahora capaz que serías abuela. Leonor sonríe un poco. Mara la toma de la mano. No hace falta decir nada más.

CUARENTA Y TRES

Cuando el taxi se detiene, Mara y Leonor ven a Darío sentado en el umbral, leyendo. Pero este chico, protesta Leonor al verlo, *le dije que viniera mañana.*

¿Le dijiste que viniera mañana, Leonor? ¿Mañana domingo? Mara no puede creer la picardía de Leonor. Ella le hace una mueca que le arranca una sonrisa. *¿Estuve mal? Me da pena, querida. Está tan enamorado.*

Él se pone de pie inmediatamente mientras guarda el libro en su mochila. Leonor baja primero y le hace señas para que se acerque.

Al ver la pierna enyesada de Mara, le tiende la mano y la ayuda a bajar. *Hola, Alma, ¿cómo estás?, ¿cómo te sentís?*

Mara, lo interrumpe ella. *Mi nombre es Mara.* Darío la mira. Va a decir algo pero Leonor ya está abriendo la puerta y Mara quiere entrar en el edificio. *Vení,* lo invita.

En el interior de Darío crece una sensación de caída libre hacia alguien, que no quiere dejar de sentir y que, de todos modos, tampoco puede frenar. Mientras recorre el pasillo oscuro, mira el nuevo caminar de su chica pájaro, el cuerpo que aún no se acostumbra al yeso. Cruzar la puerta del departamento de Leonor de pronto se le aparece como un gesto que definirá de algún modo su futuro. Se queda en el umbral.

Ve que de entre la ropa de Mara cae una hoja de árbol. Ella también advierte ese detalle. Un pedacito de plaza ha estado acompañándola todo el tiempo. Junta la hoja y lo mira.

Darío responde a esa mirada y ya no se resiste. Se deja caer hacia allí. Entra y cierra la puerta.

CUARENTA Y CUATRO

Se sientan en la cocina. Leonor está preparando la cena. Sin dar tiempo a que él hable Mara le dice *escuchame, Darío.*

Darío está abriendo su mochila pero se detiene y la mira. *Escuchame,* repite ella de un modo que no deja lugar a dudas. Él la escucha.

Me llamo Mara. Mara López. Mara Inés López Pucci. Ese es mi verdadero nombre. No soy Alma. Soy Mara. Mara es la real. Alma es solo un sueño.

Mientras la escucha, él no sonrío. Entiende la mentira, la comprende pero le cuesta deshacerse de ese nombre tan perfecto. Entonces interrumpe: *¿Y si fueras mi Alma? ¿Qué? No,*

nada... Mara... qué raro. Suena falso este nombre, responde Darío. Mara se queda callada hasta que finalmente dice bueno, eso, que soy Mara y tengo el pie hecho puré. Darío le toma una mano y susurra mucho gusto, Mara.

Querido, ¿quierés comer con nosotras?

Leonor prepara una tortilla que despierta el hambre en los dos. Lo que sigue es un rato de silencio interrumpido por los sonidos de la cocina. Cuchillo contra madera, aceite caliente, metal contra metal. Darío se ha dispuesto a ayudar a Leonor. Mara los mira cocinar, casi no hablan. Hasta que Darío se anima y pregunta *¿qué vas a hacer mañana? ¿Mañana?* Mara mira a Leonor. *Yo creo que lo mejor va a ser que me quede acá todo el día... por las dudas.*

Maxi ya debe haber salido de la comisaría hace rato, agrega Leonor.

¿Tan rápido?, se sorprende Mara. Leonor asiente.

Darío cuenta que uno de sus compañeros de trabajo le comentó que a veces dejan que los golpeadores pasen una noche en la comisaría pero que si a ciertos agentes les ofrecen un billete, los dejan salir por más que haya pruebas y testigos.

Si depende de Jorge, ya debe estar afuera entonces, dice la chica, y eso inmediatamente pone el recuerdo de su madre en el centro de todo y el estómago se le llena de lágrimas. *¿Qué va a pasar con mi mamá?,* pregunta mirando a Leonor.

Nada, va a salir adelante como hizo todo este tiempo, le responde ella sin dudar. *Vos preocupate por vos. Ya está casi todo listo, pongamos la mesa.*

Cuando se disponen a cenar Darío dice en estos momentos me gustaría ser gracioso pero solo sé un chiste que aprendí a los nueve años. Mara sonrío, contalo. Solo si me prometés que no me vas a echar de la casa de Leonor, es malísimo. Leonor se ríe sin dejar de poner cosas en la mesa, dale, contalo, querido. Yo no te echo y Mara tampoco. Bueno, es una pregunta en realidad. ¿Cuál? ¿Qué espera una rata en una esquina? No sé, ¿qué espera?, contesta Mara, más relajada. Un ratito... ¿Un ratito? No lo entiendo, dice Leonor, y eso hace que Mara se ría. Un ratito, la rata espera un ratito, insiste Darío. La rata espera... Ah, un ratito... Ahora sí entendí. Claro, con razón tenías miedo de que te echara.

CUARENTA Y CINCO

No quiere salir del departamento.

Las dos noches que pasaron desde la denuncia soñó con Maxi.

Piensa que está en la puerta, esperando a que ella salga, para llevársela y encerrarla en su casa, junto a su madre.

En uno de los sueños, que la despertó agitada por lo vívido que fue, ella y su madre estaban abrazadas primero y atadas con alambres después. Ella luchaba por librarse del alambre y de la madre, que iba perdiendo forma como una escultura de hielo expuesta al calor. Cuando se despertó, estaba transpirada, húmeda y la pierna pesada por el yeso, inmovilizándola.

No quiere salir.

Leonor la entiende. Le pregunta si no le da miedo quedarse sola cuando ella va a la plaza y ella dice que no.

No atiende el teléfono ni el portero eléctrico. Duerme mucho. Mira películas. Que Leonor no tenga computadora ni Internet es un descanso. También le da miedo eso, que puedan rastrearla de algún modo.

Recorre con el dedo la biblioteca de Leonor. Encuentra un libro de título terrible: *La mujer que se estrellaba contra las puertas*. Le llama la atención y lee el comienzo. Pareciera que es su madre la que habla. Lo cierra y va a la contrapunta. Se sorprende. Lo escribió un hombre, Roddy Doyle. *¿Un hombre puede escribir esto?*, se pregunta y piensa en su hermano. A su hermano le gustaba escribir. Pasa la tarde acostada, leyendo. Hay frases en la novela como "los días malos no eran ni siquiera días. Eran una masa informe. Vacíos. Nada" que para Mara tienen el sonido del programa de radio que escucha su madre.

Ese libro le permite llorar como si aún no hubiera llorado nunca. Llora, llora, llora y piensa en su madre y en su hermana.

¿A todas las mujeres les pasará?

De pronto la voz de aquel taxista, sus ojos en el espejo retrovisor. *No todos somos así*. Y en su mente, Darío. El rostro, las manos, la sonrisa, los brazos de Darío. *Darío no es así*, piensa Mara. *Darío es diferente*, se responde. *¿Cómo sabés?*, se pregunta. *No sé cómo sé. No tengo explicación. Es*

diferente. No podés confiar. Pero es diferente. Lo sé. O no, tal vez no lo sé. Sí, sí, lo sé.

Pero no confía en esa intuición. Quién sabe cuán diferente sea Darío.

Cuando se despidieron la última vez que lo vio él le preguntó si podía pasar a verla. Ella dijo que no. Él no preguntó por qué. Dijo que estaba bien. Que cualquier cosa que necesitara, que lo llamara. Y le dio un papel con su número de celular.

Mara está inundada por un miedo mucho más grande que ella. Mucho más grande que el árbol de la plaza. El miedo la envuelve más apretado que su tela. Tiene que irse de ese miedo. Eso también lo sabe. Tiene que desprenderse del miedo.

Pero no puede.

Aún no puede.

CUARENTA Y SEIS

Cuatro días sin verla. Le cuestan. ¿Cómo puede ser? ¡Pero si la conoce hace poco más de un mes!

¿Nada más? No es posible. No es posible que él sienta la cantidad de cosas que siente por esa chica en tan poco tiempo. No. Pasó más tiempo. No puede ser. Cuenta de nuevo los días. La conoció un viernes. Cuenta con los dedos. Sí. Qué locura. No entiendo.

¿Cuántos más pasarán sin verla? Esa incertidumbre lo vuelve loco. Sabe que ella está bien, ha buscado a Leonor en sus salidas al supermercado. Sabe que está descansando mucho, que mira películas, que lee

libros, que no quiere salir a la calle, que tiene miedo. ¿Le tendrá miedo a él?

¿Tendrá miedo de que yo pueda pegarle? Darío llega a ese pensamiento y se asusta. *Y si cree eso, ¿cómo voy a hacer para que confíe en mí? ¿Y si por ese miedo no quiere verme más? No, no, no. Tranquilo. Eso no va a pasar.* Deja de pensar y enciende el televisor. Verá fútbol toda la tarde.

CUARENTA Y SIETE. ENTRE AMIGAS

¿Leonor? Dos chicas se acercan mientras ella pliega su colchoneta de yoga. Las mira, son desconocidas. No responde pero las jóvenes se sienten interpeladas, se presentan. *Somos Camila y Lucía, las amigas de Mara. Ya sabemos todo lo que le pasó. Graciela nos dijo que hablaríamos con usted.*

Leonor, amable como siempre, las saluda. Una de las chicas le tiende su celular. *Llame a Mara por favor. Pregúntele si quiere vernos.* Ella toma el celular y marca el número de su casa. Deja que suene dos veces y corta. Luego vuelve a llamar. Es el código que han inventado para que Mara sepa que es ella.

Mara atiende. *Querida, acá en la plaza hay dos chicas que me dicen que son tus amigas. Una tiene un lunar en la frente y la otra, pelo muy cortito. ¿Las conocés?*

Leonor sonrío cuando escucha la respuesta. *Vengan conmigo. Vivo cerca.*

Las tres amigas se abrazan. Se miran. Ríen. Hablan. Las chicas le trajeron un celular nuevo de regalo. Uno con otro número. Mara les pide novedades del colegio pero Camila y Lucía responden que de ninguna manera. Que Mara tiene que hablar primero. Mara había olvidado cuánta falta le hacían sus amigas. Respira y comienza por el árbol. Camila la interrumpe. *Nonononono, desde antes, Maru, desde la primera vez que te pegó. Uff, dice Mara. Lucía saca el celular, paren que aviso que no vuelvo a dormir.* Las tres se ríen. *Dale, mi amor, quiero odiar a Maxi. No te ahorres ningún detalle.*

Hablan y hablan y hablan.

Leonor las interrumpe para cenar. Resuelven pedir pizza. Y siguen su charla.

Horas y horas y horas.

Leonor se va a acostar.

No se dan cuenta.

Corre la luna en el cielo.

No se dan cuenta.

Se conectan a las redes sociales con sus teléfonos para que Mara pueda ver sin ser vista. Entran en el perfil de Instagram de Maxi y ven sus movimientos. Rastrean.

Revisan sus comentarios. Aparece una chica nueva. Sus amigas lo festejan. *Te va a dejar en paz. Pobre chica,* se lamenta Mara. *No te preocupes, ya le vamos a decir quién es Maxi,* responde Lucía. *Anónimamente,* agrega Camila.

Mara sonrío. Siguen charlando hasta que Lucía se pone seria. *Fuimos a visitar a tu mamá. ¿Ah, sí? Y nos dijo que habló con tu hermana. Sí, me contó. Lo que no sabés es que nosotras también hablamos con Pato. ¿Cómo? Ella nos llamó. Llamó al teléfono fijo de Cami, se ve que lo tenía agendado. Sí, sigue Camila. Me dijo que está arreglando todo para que te mudes con ella. Que cuando quieras la llames a este número. ¿A ustedes les dio su número? ¡Ay, Maru, es grave lo que te pasó! ¡Pato está preocupada! ¿Cómo no nos va a dar su número ahora? Bueno, pero a mamá no se lo dio... Pero, Maru, escuchame una cosita, ¿vos te pensás que fue fácil para Pato dejarte en esa casa? A la primera de cambio te iba a sacar de ahí. Y bueno, la primera de cambio es esta.*

Tomá, le dice Camila al tiempo que le da un papelito. *Ahí está escrito un número de celular. Llamala ahora.*

Mara se emociona. Vivir con su hermana está cada vez más cerca de hacerse real. Agarra el celular y ve la hora. Ya son las cinco de la mañana. Su hermana siempre fue de levantarse con el sol. Marca el número.

La voz de Pato es de una gravedad dulce.

Se alegra de verdad al escucharla.

Tanto que le corren las lágrimas por las mejillas, ni piensa que está dejando que sus amigas la vean llorar por primera vez.

Las amigas la escuchan atentas, le secan el llanto, le hacen señas para que siga, le corren el pelo de la cara, le acarician la espalda.

Pato le dice muchas veces que se vaya a vivir con ella. Mara pregunta si no es riesgoso dejar a la mamá sola en esa casa. Su hermana le contesta que decidirán eso después, cuando ellas estén seguras y tranquilas. Cuando Mara se cure del todo. Que lo importante ahora es esfu= marse. Mara le pregunta si no le da miedo que Jorge las encuentre. O Maxi. Pato le dice que no. Que eso es impo= sible. Nadie sabe dónde vive. Mara suspira. Se despiden con la promesa de hablar de nuevo al día siguiente.

Camila y Lucía la entusiasman para que les cuente de ese tal Darío que nombró Leonor. Quieren distraerla, traerla a sus mundos tanto más acogedores. *¿Darío? ¡Sí, Darío! Ni sé el apellido.* Pero las chicas quieren saber el color de los ojos, del pelo, si es alto, si es musculoso, si tiene linda voz. Mara empieza a contar y se sorprende de lo mucho que miró a Darío. Les cuenta el chiste malo de la rata y el ratito. Se ríen las tres. Lucía pregunta si le dio el número de celular. Mara dice que sí. *¿No te gustaría llamarlo? No, chicas, no estoy para estas cosas. ¡Dale, Maru! ¡Divertite un poco! ¡Tenés diecisiete años, mi amor! ¡Y ese chico no puede ser más dulce de leche!* Mara se queda seria, tanto es el miedo. *No, chicas, más adelante puede ser. Ahora no puedo. ¿Pero te gusta? Ay, Lucía, por favor, qué cosa que sos. ¡Qué sé yo si me gusta! Ni me fijé...*

Las amigas se miran y dan un gritito de alegría. *¡Sí, te gusta!* Y cuánto extrañaba ella escuchar esos grititos.

CUARENTA Y OCHO

Leonor vuelve de su práctica de yoga y detrás de ella entra Darío. Hace una semana que no lo ve. Mara los mira con interrogación. *Darío tiene una invitación para las dos, quiso venir personalmente a contarnos,* le comenta Leonor.

Te preparé una sorpresa, dice Darío. *¿Una sorpresa?* A Mara no le gustan las sorpresas. *Sí,* dice él. *Pero para dártela necesito que me prometas que mañana a la noche vas a venir conmigo a un lugar. ¿Mañana?* Darío dice que sí con la cabeza y mira a Leonor. *Le pedí a Leonor que te acompañara. Leonor, ¿vos podés venir, no? Sí, querido, como poder puedo... Mara, ¿vos qué decís? ¿Vamos?*

Mara está sorprendida. No le gustan las sorpresas. Pero tiene ganas de saber qué le preparó Darío. *Bueno, si voy con Leonor está bien.*

Darío esa noche se acuesta con una sonrisa, pensando que el sábado tiene muchas horas pero que podrá esperar.

Mara no puede dormir, pensando lo poco que falta para la noche del sábado.

Sin embargo, el día fluye lento.

Sin embargo, la noche llega pronto.

Darío las pasa a buscar a las ocho y media de la noche. Apenas si tuvo tiempo de ducharse y ultimar detalles. Se siente nervioso. Nervioso y feliz. No sabe si Mara disfrutará de la sorpresa y le costó mucho prepararla. Mucho. Es lo que más le ha costado en su vida entera.

Toca el timbre. Se anuncia y Mara se acerca, mueve el yeso con gracia, se ha acostumbrado a su peso. Darío la ve tan hermosa.

¡Qué linda estás!, le dice apenas ella abre la puerta. *Gracias, no sabía muy bien qué ponerme, como no sé adónde vamos...* Leonor está cerrando con llave, *ya viene*, le responde Mara y le da un beso rápido. Uno pequeño que a él se le hace mundial.

Tenemos que cruzar la plaza, les cuenta Darío cuando empiezan a caminar. Mara y Leonor se miran. Él se da cuenta y se siente estúpido. *Qué tarado soy. Si quieren podemos esquivarla, en realidad. Sí, mejor*, dice Leonor, *vayamos por enfrente. De paso me acompañan un minuto al kiosquito.* Las dos mujeres caminan del brazo. Los chicos están tan ansiosos que no

intercambian palabra. Leonor intenta aflojar los nervios. *¿Saben que es la primera vez que soy chaperona? ¿Chaperona? Sí, chaperona, carabina.* Mara sonrío. *¿Carabina? Sí, querida, carabina. No me digas que no sabés lo que es una carabina. ¿Un fusil?, arriesga Darío. Cruza con Mara una mirada divertida mientras Leonor dice no puedo creer que no sepan lo que es una chaperona. Bueno, ¿y qué es? Me hacen sentir una vieja decrepita ustedes dos. La carabina es la amiga que acompaña a la pareja para que los padres duerman tranquilos, ¿ya no se usa andar con chaperona? Los chicos le dicen que no, que ahora se sale en grupo.*

La nueva vieja palabra les acorta camino y cuando aclaran ya están frente al kiosco. Leonor entra. Mara y Darío se quedan en la puerta. Desde allí se adivina el árbol en el que todo ha sucedido. La chica siente un estremecimiento. Le sigue pareciendo tan hermoso. Su tela no está. Era tan obvio que no iba a estar. Y lamenta tanto haberla perdido. Darío se acerca despacio. Le dice que tienen que seguir caminando. La toma de la mano. Mara se deja llevar, de pronto se siente tan desnuda sin su tela. Leonor le pasa el brazo por la espalda. Llegan hasta la tapia de la construcción. Hay una puerta ahí, con un candado. Darío abre su mochila y saca un manojito de llaves. Leonor lo mira. Mara también. *¿Vamos a entrar acá? ¿No está prohibido? ¿No tienen vigilancia? Sí, sí, sí, vamos a entrar, está prohibido y hay vigilancia, esa señora que pueden ver allá. Pedí que viniera ella esta noche, para que no se sintieran incómodas*, responde Darío señalando a una agente de seguridad que los mira y los saluda con un gesto. Mara piensa en cuántos detalles ha tenido en cuenta para asegurarse de que ella estuviera

ahí. Los valora mientras escucha la voz de él, *hoy tengo un permiso especial*. Adelante, señoritas, invita luego, cediéndoles el paso.

El edificio está casi terminado. Cuando entran, Darío se dirige al panel de electricidad que se esconde tras una puerta. Los zumbidos de la flamante red eléctrica se encienden junto con las luces. Mara y Leonor observan con asombro. Todo es claro ahí, todo casi blanco. Hay espejos que las reflejan a uno y otro lado del palier, reproduciéndolas hasta el infinito. Se buscan con la mirada y se sonríen.

Vengan, vamos por este ascensor, les dice Darío. Las puertas se cierran. Van al último piso. Comienzan a subir. Están los tres de frente a las puertas corredizas. Leonor nunca subió tantos pisos. Lo comenta en voz alta y un poco temblorosa. *¿Seguro que no se cae, no, querido? Es nuevo, Leonor, no se cae, quedate tranquila*. Los chicos se miran y sonríen. Están extrañamente nerviosos. No se atreven a moverse ahí dentro.

Al abrirse las puertas del ascensor, se revela una terraza llena de plantas. El lugar parece un oasis. Hay una piscina con una parte dentro de un salón y otra, al aire libre. A un costado, una mesa preparadísima los espera para cenar. Del otro lado, en el centro de la terraza, sujeta a una estructura inventada por Darío, iluminada desde un costado, con las estrellas por encima, se mueve la tela, ondeándose suave por la brisa.

¡Mi tela!, exclama Mara y, un segundo después, mira a Darío. *¿Cómo? ¿Cuán...? No importa, no sé cómo agradecerte*. Lo

abrazo rápido y, con yeso y todo, Mara corre a enroscar sus muñecas, una en cada mitad de la tela y se agarra fuertemente con las manos. Leonor busca un pañuelito en sus bolsillos y se enjuga los ojos. Mara deja que su cuerpo cuelgue. La física hace el resto. Darío, que se mantiene quieto mientras la mira hacer, le cuenta, *la descolgué del árbol cuando se fueron a la comisaría... Te la iba a dar esa noche, por eso te esperé en lo de Leonor. Pero con todo lo de tu nombre... y la cena... La llevé a lavar...*

Eso es todo lo que puede decir porque la visión de Mara girando sin despegar los pies del suelo lo hipnotiza. El turquesa de la tela se suma al rojo y al negro de su vestido. La chica deja de ser mujer y vuelve a ser pájaro, aún sin levantar vuelo. El cuerpo de Darío se inflama por dentro. La felicidad que le da esa imagen no tiene palabras.

CUARENTA Y NUEVE

Conversan sobre el futuro.

Mara le cuenta a Darío que habló por teléfono con su hermana y que se irá a vivir con ella. El problema es que ya perdió el año de colegio. Tendrá que rendir las materias libres. Él se ofrece a ayudarla y le dice que le quedan dos días de trabajo en el edificio, que luego comenzará la instalación eléctrica en otra construcción que está mucho más cerca de su casa.

Leonor disfruta escuchándolos. Les cuenta algunas anécdotas de la escuela donde trabajó. Elogia la comida. Hablan sobre los barrios donde crecieron. Sobre los lugares

que les gustaría visitar. Sobre sueños posibles y sobre sueños imposibles.

El trabajo.

El estudio.

La vida.

Nunca habían hablado de esos temas.

Se dan cuenta de sus afinidades y de sus diferencias.

Leonor los observa y piensa que se miran como quien mira un misterio sin saber si algún día podrá descifrarlo.

CINCUENTA

Ya es noche cerrada cuando Maxi y su amigo logran entrar al edificio.

Una vez dentro, caminan tranquilos hacia el departamento de Leonor. Fuerzan la puerta, que cede sin romperse.

Leonor no está.

Mara no está.

Lo que hay es vacío.

Eso desencaja a Maxi. No soporta ese vacío. Patea la mesa ratona, tumba el florero que la adorna. Su amigo tira una maceta.

Toma una lámpara y la lanza contra un espejo.

El sonido de cada vidrio que estalla lo hace romper un adorno más, una planta más.

Cada libro que se cae hace que quiera tirar dos más.

Cada mueble caído lo empuja a golpear dos más.

Los dos se miran sin sonreír y sin palabras empujan la biblioteca entera que cae, con un estruendo, en el piso.

CINCUENTA Y UNO

Después de cenar, Leonor les dice a los chicos que ya es muy tarde, que quiere volver a su casa, pero que ellos se queden, que disfruten de la noche, que está preciosa. Darío se ofrece a acompañarla. *Hasta la esquina, nomás, querido, y después volvés rapidito con Mara, ¿te parece bien, querida?* Mara dice que no, que hasta la puerta del edificio, que ella, mientras tanto, hará unas piruetas. *¡Con cuidado con el yeso!*, le advierte Leonor. *Sí, sí, no te preocupes que me cuido.*

Darío se despide de Leonor en la puerta de entrada con un abrazo lleno de agradecimiento y sale corriendo rumbo a la construcción.

Leonor camina los metros que quedan hasta su departamento acompañada por los lindos recuerdos de la cena. Así se acerca a su puerta, hasta que a pocos pasos se da cuenta de que algo sucede ahí adentro. Avanza sin hacer ruido y escucha un estruendo que la sobresalta. Imagina lo demás y vuelve a la calle. Corre hacia la esquina, a ver si en la plaza está el agente que conoce; pero no lo ve y no quiere perder tiempo buscando. Cruza la calle y entra en la cervecería de enfrente. *Están robando en mi casa*, dice. *¿Podés avisar a la policía?* El empleado lo hace, da la dirección, le aseguran que estarán ahí en minutos.

Ella le pregunta al empleado si le puede prestar el teléfono. Tiene que avisar a Mara. Saca un papel de la billetera donde anotó el número y llama. Le cuenta lo que pasa y ambas sospechan quién puede estar ahí. Leonor le dice que se quede en la terraza, que no se separe de Darío. Que ni aparezca hasta que ella vuelva a llamarla. Pero Mara no hace caso y cuando la comunicación se termina ya está dentro del ascensor apretando el botón que la lleva a la planta baja.

Darío se topa con ella en la puerta de la construcción. Ella le cuenta lo que está sucediendo. La agente de seguridad se acerca. Entre los dos intentan calmarla pero Mara solo piensa en Leonor, en que nada le suceda a Leonor, en que quiere estar con Leonor. Darío accede a acompañarla y corren de la mano hacia el edificio.

Mientras tanto llega el patrullero y Leonor se acerca. Relata a los policías lo que escuchó y también lo que

supone. Uno de ellos se comunica por *handy*: otro patrullero viene en camino. Resuelven entrar. Le piden que se aleje de la puerta.

Pasado el tiempo que se tarda en recorrer el pasillo se escucha el grito:

¡Quieto, policía!,
y un golpe,
y más gritos,
y pasos corriendo hacia la puerta de entrada,
y otro golpe,
y otro grito,
y silencio.

Las demás puertas comienzan a abrirse, del primer piso bajan algunos vecinos. Se activa el ascensor. En la entrada se juntan los curiosos. Darío y Mara ven a Leonor. Se la ve bien. Eso los tranquiliza y deciden quedarse ocultos entre los curiosos.

Llega otro patrullero, los policías no se bajan. Esperan con el motor en marcha. Los que estaban adentro salen, cada uno sujeta a un joven. Las caras de los ladrones están cubiertas por sus propias vestimentas. Los meten en el patrullero, se los llevan.

Mientras uno de los policías tranquiliza a los vecinos, Leonor entra en su departamento acompañada por el primer agente que la saludó. No puede evitar llevarse las manos a la cara al ver los destrozos. Respira hondo, mira para todos lados, busca una silla que la sostenga. La

encuentra en la cocina. Se sienta. Cuando el agente la ve calmada comienza a hacerle las preguntas necesarias.

Mire cuánto se puede destruir, ¿eh?, le dice Leonor al policía mientras él completa los formularios de la denuncia. Sin levantar la vista ni dejar de escribir, el hombre le replica: *Señora, si usted hubiera estado acá dentro, no quiero ni pensar lo que habrían hecho. Agradezca que no estaba.*

Leonor suspira. Agradece que Mara no estuviera. Piensa que la suerte está cambiando para la chica.

CINCUENTA Y DOS

Mara abre la puerta del departamento y siente que el estómago se le va a los pies.

Ve la destrucción. Ve a Leonor de espaldas, vencida sobre uno de sus brazos. Ve el espejo roto, los libros tirados por todas partes, la tierra de las plantas por el piso. Flores pisadas.

No quiere estar ahí, no quiere ver todo lo que ya no existe.

Sale corriendo.

Corre como puede con ese yeso que se hace ancla, ridículamente corre y maldice y llora y sorbe sus mocos y las luces de la noche, que son tan frías.

De atrás, la voz de Leonor se deja escuchar, se acerca, crece. *¡Mara! ¡Querida! ¡Vení! ¡Mara! ¡Pará, por favor! ¡Mara!*

Ella se detiene. Siente que tiene que disculparse. *Es que yo no quería que te hicieran esto. Yo te juro que no quería. Yo...*

Mara, ya sé, vení, querida... vení. Vení. El abrazo de Leonor, su olor, su voz. ¿Por qué Maxi le hizo eso a Leonor? ¿Por qué no la esperó a ella, por qué no se la agarró con ella? ¿Por qué a Leonor?

Leonor solo escucha un sonido de agua que parece decir *por qué, por qué, por qué, por qué*, y responde, *no rompieron nada importante, todo puede volver a conseguirse. No te preocupes, imaginate si hubiéramos estado ahí. Eso sí hubiera sido feo, ¿no te parece? Fue una suerte estar con Darío. Pensá en eso, Mara, pensá que tuvimos mucha suerte.* Mara trata de pensar, hace fuerza para dejar de llorar. Leonor sigue hablando. *Nada de lo que rompieron importa. Nosotras sí. Y no nos pasó nada. Tuvimos suerte. ¿Suerte? ¿Cómo podés decir que tuvimos suerte?*, la interrumpe Mara, ya armada, ya de nuevo con el estómago duro. *Querida, estamos vivas. Y bien. ¿Estamos bien, no es cierto? Mara dice que sí con la cabeza pero que lo que le hicieron no tiene perdón. No pienses en eso ahora, querida, lo importante es que estamos bien. Las dos estamos bien. Estamos bien.*

CINCUENTA Y TRES

*E*scuchame, Mara, dice Leonor cuando la chica ya se ha calmado y están de vuelta en el departamento. Mara descansa sus ojos en Leonor. Es una manera de hacerle saber que sí, que la está escuchando.

Tenemos que pensar qué hacer. Nos tenemos que ir de acá. No creo que esta vez salga tan pronto pero por las dudas nos tenemos que ir. ¿Hablaste con tu hermana? Mara dibuja un sí repetido, rápido, con la cabeza. Bueno, llamala de nuevo. Contale esto que pasó y decile que te vas a su casa en cuanto se pueda. Leonor mira un instante a Darío. ¿Darío, vos podés acompañarla a lo de la hermana? Sí, responde él. Mientras se va a la cocina Leonor agrega necesito un té. ¿Ustedes quieren un tecito?

Leonor, pará, ¿y vos qué vas a hacer? Mara la sigue. ¿Yo? Por mí no te preocupes, yo voy a estar bien. ¿Bien? ¿Qué vas a hacer, te vas a quedar acá? No, no. ¿Viste la amiga que te conté?, bueno, me voy a ir a su casa un par de noches. Después voy a volver. ¿Acá? Leonor la mira un instante mientras llena de agua la pava. Sí, acá. No puedo dejar el departamento así. Pero junto todo y me vuelvo a lo de mi amiga, eh, no te preocupes que con ella hace años que decimos de vivir juntas. Mara la mira con desconfianza, Leonor se percata de eso y sonrío, acercándose y tomándola de un brazo. En serio. Te dije que no te preocuparas por mí. Está bien. Pero te voy a ayudar a arreglar algo de este desastre. La llama de la hornalla crepita bajo la pava. Leonor le toma las manos y le dice si eso te va a dejar tranquila, apenas me organice te aviso. Perfecto, y te voy a dejar mi celular viejo. Quiero que estemos comunicadas. Pero apenas sé usarlo. Es muy fácil, mirá. Agarralo.

Darío se pierde los detalles de esa conversación. Su mente está ocupada. Fue una noche tan larga, tan llena. Como si desde el momento en que cenaron en la terraza de la construcción hubieran pasado semanas en lugar de horas. Mira a su alrededor, mira a Mara, mira a Leonor. Hace tan poco que conoce a esas dos mujeres.

Va a la cocina y las encuentra sentadas a la mesa mirando el celular. Leonor levanta la vista y le sonrío. Me quiere enseñar a usar el guasap. Obvio, es una pavada, vas a aprender enseguida. Esperá, querida, que quiero ir al baño. Ya vuelvo. Leonor le presiona el brazo a Darío cuando pasa y los deja solos. Él camina en silencio hasta su lado.

Cuando está ahí toma una silla y se sienta. Busca su mirada agachándose un poco pero ella sigue con el rostro concentrado en el celular.

Hola, hermosa, le dice, lo más suave que puede, guardando una distancia que cree apropiada. Me encantó cenar con vos esta noche. A pesar de todo esto. Quiero volver a la terraza a buscar tu tela, ¿está bien? Después vuelvo y te acompaño a lo de tu hermana.

Mara lo escucha. Se conmueve. Los recuerdos de todo lo que hizo por ella esa noche. Sin pedir nada a cambio. De pronto desea tanto buscar sus ojos y alojarse allí. Se gira hacia él y se esconde en ese cálido lugar que se forma cuando cuello y clavícula se unen. Cierra los ojos. Darío siente el cosquilleo de la respiración pero no se mueve. No quiere hacer nada que la aleje.

CINCUENTA Y CUATRO. **PRÓXIMOS PASOS**

Ninguno de los tres duerme esa noche. La Tierra gira y se ilumina.

Darío arregló todo en la terraza de la construcción.

Leonor y Mara limpiaron, recuperaron algunas plantas.

Pato ya dio indicaciones a su hermana.

Leonor hizo un desayuno. Darío trajo facturas calentitas.

¿Te mando un WhatsApp cuando llego?, pregunta Mara al despedirse de Leonor.

Mejor llamame. Después practicamos lo del gwap. La mujer acaricia el rostro de la chica.

Sabe cuánto la extrañará. Mara la abraza y siente la fuerza de ese cuerpo. *Te voy a pagar todo lo que te rompieron*, le dice. *Ni te preocupes por eso, querida, la plata va y viene. Vamos, los acompaño a la puerta. La policía dijo que tenemos que cerrar con dos vueltas de llave.*

Desde la puerta de entrada del edificio Leonor los ve irse. La mañana es gris pero la ciudad no es más lenta cuando hay nubes. Darío lleva el bolso. Mara ajusta su mochila y mira atrás. Le hace un gesto con la mano, luego la mete en el bolsillo. Él la mira. Leonor adivina que le está preguntando si está bien.

La mujer vuelve a su departamento, ese que era como una piel. Fueron muchos años viviendo ahí. Su amiga está tan contenta de recibirla. Y ella también. Tal vez le proponga a su amiga dejar su departamento y buscarse una casita con jardín. Y un gato o un perro faldero.

CINCUENTA Y CINCO

Mara saluda a Leonor y mete la mano en el bolsillo. Darío le pregunta si está bien y ella contesta con la cabeza. Caminan en silencio, el yeso impone su ritmo. Él no aguanta y pregunta: *¿Puedo abrazarte? Hacen bien los abrazos...* Ella lo mira y le dice que bueno, que sí. Pasa el brazo sobre los hombros de ella. *¿Qué hiciste mientras estuve en la construcción? Le ayudé a Leonor a acomodar la biblioteca, barrí el piso, contesta ella. ¿Y vos? Le conté todo a Claudia, la señora de seguridad, fui a la terraza, limpié todo, lavé los platos. Mañana tengo que volver a buscar esas cosas y desarmar lo demás. ¿Hablaste con tu hermana? Sí, nos está esperando; le dije que iba con vos.* Darío

sonríe y suspira. Mara lo mira como preguntándole. *Nada, que me gusta que le hayas dicho que vas conmigo. Bueno, es la verdad, ¿no?*, contesta ella. *Sí, claro. Todo esto es verdad. Pellizcame, por favor.*

Se suben a un tren en la terminal. Se dirigen al sur. La hermana de Mara le explicó el camino y ella lo memorizó como si lo hubiera recorrido mil veces. Viajan tranquilos. Sentados en un asiento de dos. Mara se da permiso y recuesta la cabeza sobre el hombro de Darío. Mira por la ventanilla con atención cada vez que el tren se detiene. Ahora lee el nombre de la estación y sabe que en la próxima tienen que bajar. *Vamos*, dice.

Caminan pocas cuadras y ven una plaza.

Hay un árbol.

Hay un banco.

Hay un camino.

Toman ese camino y se detienen a observar el árbol.

Esa rama es linda, ¿no?, dice ella. *Sí, pero aquella es mejor para la tela, señala él. Ah, mirá, no la había visto. Sí, es más recta esa. Sí, y está más alto. Pero cuando te saquen el yeso...* Ella lo mira con una sonrisa traviesa. Él entiende y le responde *bueno, hagamos algo: yo te atajo si te caés, ¿te parece? ¿Caerme de la tela? Estás soñando. No me voy a caer nunca de mi tela. Sí... es verdad...* *bueno, pero al menos dejame que me siente en ese banco, viste que silbo bien, me sé todas las canciones de Divididos y de Catupecu...* *Y aprendo lo que quieras... de paso estoy cerca por si las moscas...* Mara no responde pero sonríe mirando el paso acompasado de sus pies y los de él.

Su hermana la recibe con un abrazo y una sonrisa emocionada,

saluda a Darío, le agradece que la haya acompañado. Él se va dejándole un beso en la mejilla y un susurro, *llamame cuando quieras y yo vengo.*

Entra a la casa de Pato sintiéndose tan contenta.

Y la luz en las ventanas

y el gato que se deja acariciar

y su rostro de niña en una foto

y la voz de su hermana en el aire

y eso que siente.

Que sí, por fin, es felicidad.

AGRADECIMIENTOS

A Claudia Masin, por los momentos de poesía y búsqueda, tan intensos.

A Patricia Giordano, por las respiraciones profundas.

A Laura Tugentman, por los giros y las piruetas en el aire.

A quienes leyeron las distintas versiones de esta novela, en especial a Laura Escudero y a Andrea Ferrari, por sus sugerencias y el cariño puesto en la lectura.

A Natalia Fernández, Valeria Barrera, Paola Plazas y Paula Scaglia, por cada palabra compartida, por las risas.

A mi editora, Laura Leibiker, y a María Luisa García. Por apasionarse, por hablarme siempre a corazón abierto, por la honestidad y la confianza.

Si te encontraste en esta historia, seas hombre o mujer, sabé que podés llamar de modo anónimo al número 137, si vivís en la ciudad de Buenos Aires, y al 0800-222-3425 o al 0800-666-8537, desde cualquier ciudad de la República Argentina.

La chica pájaro

Paula Bombara



Una ciudad, un barrio, una plaza. De pronto, una chica pasa corriendo y se sube a un árbol. Detrás aparece un chico: la busca, la llama. Ella no se deja ver.

Darío, un trabajador de la construcción, y Leonor, una vecina, serán testigos de esta huida e irán comprendiendo lentamente el miedo que inunda a Mara.

Mara, la chica pájaro que duerme en el árbol, pendiente de una tela del color del cielo.

Norma

www.kapelusznorma.com.ar

CC 29010342

ISBN 978-987-545-681-5



9 789875 456815